**“El ‘juego del por qué’, el ‘juego del qué cosa’', y nuestra respuesta al**

**Divino ‘Tomador de Iniciativas’”**

**Homilía para el domingo de la Santísima Trinidad, año A**

**Introducción**

Estamos viviendo en tiempos inusuales, incluso angustiosos, para la sociedad y también para la Iglesia, tiempos que parecen estar marcados por una controversia interminable. Esto en sí mismo, sin embargo, no es tan inusual. De hecho, la controversia ha marcado cada generación en la historia de la Iglesia, porque es parte de la condición humana. En cada generación la Iglesia se ha enfrentado a la controversia, así como en cada generación también se ha destacado por defender todo lo que es bueno, verdadero y hermoso.

**El misterio de la Trinidad**

Una de las controversias teológicas más polémicas en la historia de la Iglesia ocurrió hace mucho tiempo, para ser exactos, en el año 325 D.C. en el primer concilio ecuménico de la Iglesia, el Concilio de Nicea, lugar situado en la actual Turquía. Allí la controversia era por una palabra, en realidad, fue por una letra que separaba dos palabras griegas: *homoousion* y *homoiousion*. Esa “i” insertada en medio de la palabra hace toda la diferencia en el mundo, de hecho, una diferencia civilizacional: la primera significa que el Hijo de Dios es de la misma sustancia que el Padre, igual al Padre en Su divinidad. Esto último significa que el Hijo sólo es *similar* al Padre en Su sustancia, no igual, sino subordinado a Él. La gran mayoría del mundo cristiano de entonces hablaba griego o latín, por lo que los obispos del Concilio tenían que asegurarse de que las palabras en cada idioma reflejaran exactamente la verdad de la fe. La palabra en latín que la redacción en griego tenía que reflejar con precisión es *consubstantialem*.

Saltando a diecisiete siglos más tarde y al otro lado del mundo, encontramos que hace diez años aquí en los Estados Unidos había una controversia entre los obispos sobre esta misma palabra. Era cuando se preparaba la traducción inglesa revisada del Misal Romano. La traducción en español de esta frase en el Credo Niceno es, “de la misma naturaleza del Padre”. Pero la traducción anterior en inglés, “one in being with the Father” (“uno en el ser con el Padre”), era demasiado vaga para expresar la verdad precisa del misterio de la Santísima Trinidad, el misterio de la fe que celebramos con la Misa de hoy. Se decidió utilizar una traducción literal, a pesar del lenguaje técnico teológico que implicaba. Pero esta precisión teológica es necesaria para entender y apreciar realmente lo que es quizás el versículo más amado de toda la Escritura, Juan 3:16, que acabamos de escuchar proclamado en la lectura del Evangelio: “Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a Su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna”. “Único” aquí significa “único engendrado”. Cada creyente bautizado es un hijo o hija de Dios, pero en virtud de la adopción, no de la generación. Dios tiene un solo Hijo engendrado, por generación, que procede del Padre como Su Unigénito. El Espíritu Santo a Su vez procede del Padre y del Hijo, como también profesamos en el Credo Niceno en cada Misa dominical.

Así que aquí tenemos el fundamento de toda la fe cristiana: un Dios en tres Personas, todas compartiendo la misma sustancia, dentro de la cual hay dos procesiones, el Hijo desde Padre, y el Espíritu desde el Padre y el Hijo. Ahora, traduzcamos esto a un lenguaje que nos ayude a entender por qué Juan 3:16 es un versículo tan amado de la Escritura: El hecho de que Dios nos haya dado a Su Hijo unigénito significa que Dios nos ha dado Su propio ser. Aquí podemos empezar a jugar al “juego del por qué”: ¿por qué Dios hizo esto? San Juan continúa dándonos la respuesta: “no […] para condenar al mundo, sino para que el mundo se salvara por él”. Pero, ¿por qué? Para ello, necesitamos tener una visión amplia y exhaustiva de toda la historia de la salvación.

**La historia de la Salvación**

En el libro del Éxodo oímos que Moisés subió a la montaña con las dos tablas de piedra donde Dios se le reveló. Estas dos tablas de piedra representan la Alianza, y este es el segundo juego de tablas con el que Moisés sube al Monte Sinaí para encontrarse con el Señor. Recuerdan lo que pasó la primera vez, ¿verdad? Sí, cuando Moisés bajó de la montaña con la ley escrita literalmente en piedra, vio el libertinaje del pueblo, y cómo se habían vuelto a adorar ídolos. Así que arrojó las tablas de piedra al suelo y las rompió, ya que ellos habían roto la alianza que Dios había hecho con ellos allí. Dios había iniciado esa Alianza, y ahora se apiada de Su pueblo iniciando una renovación de la Alianza, dándoles una segunda oportunidad.

Dios tomó la iniciativa cuando creó el mundo; Tomó la iniciativa cuando eligió al pueblo de Israel para que fuera suyo; Tomó la iniciativa cuando hizo una Alianza con ellos; Tomó la iniciativa cuando se apiadó de ellos al perdonarlos y renovar la Alianza con ellos; Tomó la iniciativa cuando envió a Su Hijo unigénito al mundo para salvar al mundo, sellando así la nueva y eterna Alianza en la sangre de Su Hijo. ¿Ven un patrón aquí? Dios es el gran “Tomador de Iniciativas”. ¿Y por qué es así? Dios le dice a Moisés por qué cuando le revela Su nombre a Moisés, “Señor”, y luego añade: “un Dios, compasivo y clemente, paciente, misericordioso y fiel”. ¿Y por qué Dios es compasivo y clemente? Porque, como san Juan nos dice en su Primera Carta, Dios es amor.

Fíjense bien: no sólo es que Dios *nos ama*, sino que Dios, en Sí Mismo, *es* amor. Por eso Dios es una Trinidad de Personas. Para que el amor exista, debe haber al menos dos sujetos: el Padre ama al Hijo y el Hijo ama al Padre, y Su amor mutuo envía al Espíritu Santo para unirse a nosotros, Su creación, en esa comunión de amor perfecto. Así que ahí lo tienen, el fin del “juego del por qué”: Dios es el gran “Tomador de Iniciativas”, prodigándonos gracia y misericordia, porque Dios es amor y Dios nos ama. Aquí es donde nos lleva finalmente el “juego del por qué”, al final de la línea. Pero ahora podemos empezar el “juego del qué cosa”: ¿qué diferencia nos hace esto?

**La situación actual**

Para responder a esa pregunta, tenemos que leer un poco más allá de este versículo tan apreciado de la Escritura. ¿Qué dice san Juan dos versículos después? “El que cree en [el Hijo] no será condenado; pero el que no cree ya está condenado”. ¿Y qué significa creer? Es la actitud y disposición de la mente y el corazón que vienen de la plena realización de la verdad del don de Dios para nosotros: Dios, que es infinito, todopoderoso, eterno, se da a sí mismo por nosotros, Su criatura—pecadora, humilde, diminuta, limitada e indigna—aunque Él no tenga nada que ganar con ello para sí mismo; lo hace puramente por nosotros. Esta actitud de gratitud es tan profunda que no puede expresarse con palabras; lo mueve a uno a buscar humildemente imitar ese amor por medio del servicio desinteresado a Dios y a los demás, buscando el bien del otro sin importar la propia ganancia. Es algo así como la deuda de gratitud que uno siente hacia otro por arriesgar su vida para salvarlo, sólo que mucho más allá de eso. Es una deuda que nunca puede ser pagada, pero impulsa a uno a tratar de hacerlo, de todos modos.

¿Qué es, entonces, la incredulidad? Es la actitud de indiferencia, que ve la salvación eterna como algo automático, pase lo que pase: “Si Dios nos ama tanto que nos dio a Su Hijo para salvarnos, entonces hagamos lo que queramos porque todos vamos a ser salvados, ¡de todos modos!”. Peor que la indiferencia, es un amor no correspondido, y de la peor clase: el amor divino no correspondido. ¿Es sorprendente, entonces, que estemos experimentando en nuestra sociedad todos los signos de rechazo del amor divino: miedo, pánico, opresión, prejuicios, avaricia, violencia y la instrumentalización de la persona humana para obtener ganancias y poder? Dejar de lado el amor divino no deja más espacio para el amor humano, sino que, por el contrario, hace imposible el amor y hace que la vida en este mundo sea un anticipo del infierno. Estamos sufriendo ahora, en nuestro propio tiempo y lugar, un dejo de las consecuencias condenatorias de la incredulidad.

Pero la condición humana en esta vida no es nunca la plena realización del cielo ni la plena realización del infierno. Dios no anula Su ofrecimiento de amor y salvación; Él es siempre “un Dios compasivo y clemente, paciente, misericordioso y fiel”. Y hay, y siempre habrá, incluso en nuestro tiempo, aquellos que aceptan Su ofrecimiento, y se esfuerzan, aunque saben que es imposible por sus propios méritos y esfuerzos humanos, por corresponder a ese amor. También vemos a nuestro alrededor, en medio de las diversas crisis que estamos soportando—pandemia, colapso económico, racismo, violencia—actos heroicos de caridad por parte de aquellos que, quizás incluso sin saberlo, viven la llamada a compartir el amor de Dios y así convertirse en todo aquello para lo cual Él nos creó a nosotros, Su criatura humana.

**Conclusión**

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son todos de la misma sustancia: Dios nos da, no algo subordinado a Él, o fuera de Él, sino Su mismo Yo. ¡Qué diferencia puede hacer una letra! Él lo hace porque es amor y nos ama. Lo cual nos lleva al final de la línea del “juego de qué cosa”: ¿cuál será tu respuesta?